

los periódicos, ninguna otra muestra de interés se notó en la opinión pública.

Y como si hubiese habido una inteligencia oculta empeñada en despertar esa especie de indolencia característica, para que se contase por algo la vida de los hombres, y se tratase de reprimir á los casi homicidas, que se dan el placer de sacrificarla, seguros de la impunidad, aun no se habian acabado de contar las víctimas de Chicago, cuando hubo que llamar la atención á otra hecatombe humana horrorosa, de que fué teatro el lago Ontario el viénes 29 de Abril á las dos de la mañana. Como á cuarenta millas arriba de Kingston se descubrió fuego á bordo del vapor *Ocean Wave*, yendo de Hamilton para Ogdensburgh; mas ya no era tiempo de sofocarlo, porque habia tomado demasiada fuerza. Tampoco habia botes suficientes para salvar á los pasajeros, y de este modo, de 50 que conducia aquel vapor, solo se salvaron 22, habiendo sido los demás víctimas del fuego ó de las olas.

La culpabilidad de la compañía y sus empleados no pudo estar mas manifiesta, y no obstante esto, el público no pareció indignarse contra ellos, y recibió la noticia con la misma indolencia con que olvidó en breves dias la poca impresion que le hizo la de Chicago. Parece que necesitaba aun algo mas cáustico, mas agudo y punzante, víctimas mas notables, una inmolacion mas numerosa para que el Dios del interés se dignase ceder algo á los sentimientos humanos. Esta necesidad está satisfecha; el sentimiento público se ha despertado con profunda emoción, y ojalá que esta vez fuera para no dormirse antes de recabar alguna medida capaz de contener, si no por humanidad, por el temor á los autores de tantas y tan repetidas desgracias. Pero debemos sorprender aqui nuestras reflexiones para dar lugar á la relación de la catástrofe horrorosa del 6 del presente mes, ocurrida al llegar al puente levadizo que está sobre el rio Norwalk, Estado de Connecticut, como á las nueve y cincuenta minutos de la mañana.

Categoría de los pasajeros.

El viénes á las ocho de la mañana, partió del depósito, en la calle de Canal, el tren que conducia la correspondencia para Boston, con cuatro coches de pasajeros y dos carros de bagages. Entre aquellos se encontraba un número considerable de médicos, que habian venido de diferentes Estados á esta ciudad para concurrir al meeting anual de los miembros de la facultad, y contribuir con su recíproca experiencia al adelanto de la ciencia. Regresaban estos para sus casas, despues de terminados sus trabajos y de haberse despedido de sus compañeros en las altas horas de la noche del juéves en una suntuosa cena que se dió en uno de los principales hoteles de la ciudad, y á la cual concurren 800 Doctores, además de un gran número de huéspedes respetables. De los primeros que se pusieron en camino para sus casas fueron los de Nueva Inglaterra, y tuvieron la desgracia de presenciar ó de ser víctimas de la catástrofe de Norwalk. Entre los demás pasajeros que llevaba el tren habia varios clérigos protestantes, algunos comerciantes respetables, muchas señoras de la primera clase, el Presidente del consejo municipal de Nueva York, Mr. Hicks, célebre artista americano, y otras varias personas notables de diversos Estados del Este. En suma como 200 pasajeros de la categoría que dejamos descrita se encontraban en los coches aquel dia memorable. Esta circunstancia aumentó el horror de la catástrofe, pues exceptuando dos ó tres víctimas, todas las demás fueron notables por su posicion social y el número é importancia de sus relaciones.

Causa de la catástrofe.

Cerca de las diez de la mañana se acercó al puente levadizo que está sobre el rio Norwalk, Estado de Connecticut, y distante como 40 millas de Nueva York, el vapor *Pacific*, que navega entre esta ciudad y la de Norwalk. El capitán pidió al encargado del puente que le abriese para darle paso. Las instrucciones que este ha recibido de la compañía son, que preste atención preferente al paso de los vapores, á ménos que esté á la vista el tren del ferro-carril; y aunque era pasada la hora en que el del correo debia atravesar, como aun no estaba á la vista, decidió el guarda levantar el puente, observando las demás precauciones que para este caso le habian prescrito los directores del camino. Estas eran que, antes de levantar el puente, fijase una señal convenida á fin de advertir al ingeniero que el puente estaba levantado y que debia detenerse. La señal es bajar á cierta distancia, en el asta una gran bola encarnada, que está en el extremo superior de una asta ó palo cuando no hay novedad.

Esta señal puede y debe distinguirse desde 3,500 pies de distancia del puente, y sigue viéndose con algunas interrupciones hasta llegar á una curva del camino que la cubre enteramente por espacio de mas de 1,000 pies; pasada la cual vuelve á distinguirse, siendo ya inútil por quedar el puente á solos 550 pies de distancia, y no poderse detener la locomotora á ménos que vaya con muy poco vapor. De estas circunstancias, que constan probadas por las declaraciones de muchos testigos, se deduce que la señal puede ser vista por un ingeniero cuidadoso y penetrado de la gra-

vedad de su encargo; mas que no es bastante distinta ni de tal naturaleza que deba servir siempre para que los descuidados eviten un peligro que puede costar la vida á muchos hombres, como sucedió en aquel dia. Este es el primer cargo grave que pesa sobre la compañía empresaria del camino, pues por economizar algunos pesos, por no pagar un centinela con el solo objeto de avisar con tiempo al ingeniero que el puente está levantado, entrega al cuidado de un solo hombre, que tiene otras atenciones, el de distinguir la posicion mas ó ménos elevada de aquella bola, único signo de que depende la salvacion de los pasajeros.

En esta ocasion, el atolondrado ingeniero ó no prestó atención á la señal, ó no se le habia enterado bien del significado de los signos. Declara que vió la bola y que esta estaba en el punto que indica que no hay novedad. Muchos testigos contradicen su declaración en este punto; por manera que no queda duda alguna de su ignorancia ó de su descuido criminal, cargos ambos que en último término van á parar tambien contra la compañía, mayormente cuando está comprobado que el mismo ingeniero Mr. Edward W. Tucker habia sido privado de su empleo por los directores hace dos años por la frecuencia de los descuidos que padecia, y que mas de una vez estuvieron á punto de ocasionar grandes desgracias. Este mismo hombre fué el que ahora dos meses volvió á emplear la compañía, tal vez porque economizaba de este modo algunos pesos, pagándole por su ineptitud menor sueldo del que exigen los mas aptos.

Mr. Tucker se aproximó al puente y atravesó la peligrosa curva con la velocidad de 20 millas por hora por lo ménos, y cuando estaba á 150 pasos del horrible precipicio, entónces notó que el puente estaba levantado y que no habia salvacion posible para los pasajeros. Notáronlo al mismo tiempo los dos empleados subalternos de la máquina, y por un impulso natural saltaron de los carros y lanzaron á la eternidad á sus víctimas. Ver el peligro y precipitarse la locomotora, y en pos de ella los carros, fué obra de un instante; y esta horrible tragedia la presenciaron los del vapor *Pacific*, que apenas se habian alejado como 150 pies del puente, un bote pescador que al oír el ruido del tren aproximándose se apartó para no ser destruido, y varios habitantes del lugar que comprendieron que iba á consumarse la horrorosa catástrofe sin que ninguna fuerza humana pudiese impedirlo. Los pasajeros entre tanto eran los únicos que ignoraban la inevitable suerte á que se les habia condenado. La locomotora, en la violencia de su impulso, semejante al caballo del diablo, quiso salvar el abismo; mas era la abertura de 60 pies, y su propio peso y el de los coches que arrastraba apenas le permitieron tocar en el pilar opuesto, y se precipitó en el rio, cayendo sobre ella en confuso y horrible monton dos carros de correspondencia y bagages, y dos y medio de los cuatro coches de pasajeros. El rio tenia á la sazón 12 pies de agua, y la distancia de la marea mas alta hasta el puente es como de 15 pies. En el rio hay como 4 ó 5 pies de lodo, por manera que aquellos infelices quedaron sepultados en vida bajo el agua y el lodo, encerrados en cajas de donde fué imposible salir aun á los que tuvieron la desgracia de no quedar privados de sentido por el fracaso y los fragmentos de los coches despedazados en la caída. Concibase, si es posible, la horrible ansiedad de los que sufrieron aquel suplicio por algunos momentos antes de dejar de existir.

Incidentes.

Las escenas é incidentes que ocurrieron en este momento no pueden describirse; se sucedieron con tal rapidez que apenas podemos darnos cuenta de sus efectos, sin detenernos á examinar por qué causa se salvaron algunos de los que cayeron en el rio; cómo entre estos pudo quedar con vida y sin injuria una niña de cuatro meses, y perecer sus padres, y sucumbir hombres robustos y acostumbrados á los azares de la vida, y sobrevivir, para referir las agonias de los moribundos, algunas mujeres, sin fuerzas, sin apoyo en medio de aquel conflicto. El número de los que se salvaron de aquella catástrofe no fué demasiado grande por desgracia, habiéndose extraido en aquel dia memorable 50 cadáveres de debajo de las aguas, algunos horriblemente maltratados, otros ilesos, conservando solo en sus fisonomías la expresion de la angustia de sus últimos instantes. Seis médicos se cuentan en el número de las víctimas, y otros salieron mas ó ménos estropeados, contándose entre los 22 que sufrieron fracturas, lujaciones, ó recibieron heridas de consideración; por manera que llega á 72 el número de los que murieron ó padecieron físicamente en la catástrofe.

El choque moral que recibieron los demás durará con su existencia; muchos perdieron deudos queridos que estaban á su lado, y salieron para recoger sus restos y llorar la instantánea é inesperada separacion. Otros refieren que deben su salvacion á circunstancias casuales, como la de levantarse de su asiento en el momento del peligro para ir al último coche á observar el vuelo de un pájaro que llamó su atencion. Otros quisieron decir una palabra de amistad á uno de los pasajeros, y alguno tomó su asiento con el mismo objeto, y este se cuenta entre las víctimas, y aquel

por haber mudado de lugar, quedó ileso para bendecir á la Providencia por su milagrosa salvacion.

Mas hemos dicho que solo se precipitaron dos de los cuatro coches de los pasajeros, y de los dos esplicar este incidente. El tercer coche, que guia arrastrado por el impulso de los que le precedian se partió por la mitad, quedando una parte suspendida sobre el puente y cayendo la otra en el precipicio: de este modo se salvaron ó perecieron respectivamente los pasajeros que ocupaban las dos mitades. El cuarto coche se detuvo por haberse apretado los resortes y haberse detenido el impetu de un mo providencial. A esto únicamente pueden considerarse deudos de sus vidas los que se salvaron de la catástrofe que hemos tratado de describir, pues bastan causas físicas concurrieron para que todos los que ocupaban aquel mal conducido tren hubiesen perecido en un instante.

Uno de los que quedaron en la mitad del tercer coche refiere que ha comprado su vida al caro precio de los mayores tormentos que puede sufrir un mortal, pues que no hay palabras que puedan pintar su angustia mientras estuvo oscilando entre el suelo firme y sima abierta bajo sus pies, viendo desprenderse y caer algunos de los que estaban á su lado y presenciando distintamente en el rio las agonias de los moribundos.

El artista Mr. Hicks, que se hallaba en el primer coche, acompañado de Miss King, de Nueva York refiere así sus impresiones en aquel solemne momento: "Los carros, dice, iban al parecer con la ordinaria velocidad, cuando sin advertencia ó prevencion de ninguna especie, vi la parte anterior de mi coche precipitarse sobre mí en fragmentos, los pasajeros volando como aristas, lanzados hácia el techo y girando en todas direcciones en medio de aquella borrasca de destrucción. Simultáneamente noté que Miss King se habia separado de mi lado, y me encontré comprimido por el techo medio caído del coche, y rodeado de una atmósfera sofocante, de un monton de ruinas informes, de cadáveres en todas direcciones, al paso que el oscuro carro se llenaba rápidamente de agua. Empecé á buscar entre la confusion y bajo del agua á mi compañera sin poder encontrarla: en esta operacion me ocupé hasta que el agua me llegaba á la barba calculando que hasta entónces habrian pasado diez minutos, cuando desesperanzado de encontrarla pensé en buscar un medio de salvarme. A mi espalda observé en el coche una abertura, por la cual salí y me subí al techo." Dice que desde allí continuó haciendo esfuerzos para encontrar á Miss King, hasta que preguntado por alguno á quien buscaba, supo que aquella estaba salva, y se dirigió entónces á la orilla.

Impresion general.

La historia completa de los numerosos accidentes de aquel dia no cabe en este artículo. Renunciaremos pues, á continuarla para dar una idea de la impresion que la catástrofe ha dejado en el público. En Norwalk se reunió inmediatamente toda la poblacion de las inmediaciones, y en los trenes sucesivos llegaban médicos, que iban á prestar voluntariamente su auxilio á los heridos, deudos y amigos de los que se sabia que iban en los coches, y otra multitud de curiosos ansiosos de contemplar una escena de tan extraordinario horror.

Todos se llenaban de indignacion al contemplar los estragos que habia causado la negligencia del ingeniero; los cadáveres estaban numerados y tendidos en el depósito del ferro-carril, los hombres separados de las mujeres, y algunos ya en brazos de sus parientes. Los heridos se encontraban en diferentes casas de las inmediaciones recibiendo los auxilios de la caridad cristiana, y la vista de la catástrofe inspiró á aquella multitud la resolucion de aplicar la ley de Lynch al ingeniero Mr. Tucker. Mas esto habia sido reducido á prision por la policia, y á ello debió el que la ira popular no le hubiese despedazado en un instante de impremeditado furor. Por su parte la prensa no encuentra expresiones bastantes fuertes para condenar á la compañía y á sus empleados como autores responsables de aquella carniceria, para pedir medidas de rigor que contengan el sacrificio de víctimas humanas, llegando hasta lamentar que no se hubiese puesto en práctica esta vez la bárbara Lynch Law.

Un jurado se constituyó en el acto en aquel lugar para recibir declaraciones y entregar á los tribunales las personas de los que resulten culpables, y sigue á la investigacion sin haber pronunciado su juicio. Al saberse en la legislatura de Massachusetts, á la sazón reunida, la extension de aquella pública calamidad, se introdujo un proyecto de ley por el cual se impone una multa de 10,000 duros á las compañías de vapores ó de ferro-carriles por cada transeunte que perezca por descuido de sus empleados; y, finalmente se reunió en Norwalk un *mas meeting* en el cual se adoptaron resoluciones manifestando las simpatias de la reunion en favor de los que sobrevivieron á la catástrofe, y de los deudos y amigos de los que en ella perecieron; la indignacion que sentia contra los directores de la compañía del ferro-carril de New Haven y sus empleados; la necesidad de unirse todos los votos de la Union para reclamar medidas legislativas